POESÍAS para mi MUERTE

selección

2017

I

Tan pronto como el retoño del misterio nos de sombra, so pesar de ignorancias y escrutinios. Habrá bostezos de almanaques y gruñidos de relojes. Cobrará venganza el inminente limbo que nos amamantó una noche.

-Se me diluyen los proverbios entre los dedos.

...Percibí sus rostro en las maniobras de las monedas y su cuerpo en la inocencia de la parca. Señorial fusta forjada por el destino, quiebra pues el cuero funesto sin alivio. ¿Quién besó alguna vez la certeza, a la frágil certeza? No he logrado perfilar la Historia sin su contenido, azul grisáceo desbordado. En su pipa abunda el puñal que nos condena cada día o que nos salva por clemencia. Con toda convicción desprevenida seré lacayo de su incertidumbre. Desposeído al paso, sujeto de hilos plateados y barandillas de mármol. Casualidad desprevenida que martilla en la tierra su decadente penitencia. ¿Acaso perdiste tus miedos en los Hombres? ¿O quizás perforaste el precio de las ruletas? Cuando sentencies futuros procurad no arrebatarme juicio. A tu diestra trotaré, en marcha perversa o en arrollo solemne. Es menester mi tesón ante la pérfida, corriente que me lleva y me trae, que me arrojó al mundo con desprecio. No descifro las señales ni distingo lo adecuado. Yo no tengo potestades, se me atribuye el respirar ■

Nota: ¿Solo el azar tiene derecho a elegir?

II

Con los lirios rebeldes exorcicé lo impuro y decoré las ruinas. Fume su perenne aroma y masque su lengua para usurpar el hambre. En las reliquias del fin del mundo contemple la destemplanza del hombre. Corregí tinieblas que consagraban el olvido. Con un incienso como arma purifique todo el aire que pesaba en el ambiente. Preferí ser prudente, pues los ministerios no convienen. De todos modos, roñoso por la belleza, me arranqué mis ojos...

III

Si tan solo nos embutiéramos de sustancialidades que formaran mimbres. Descansaríamos en paz bajo las sombras de nuestro juicio. Si pudiéramos alimentar nuestro espíritu con la materia pertinente y los aleteos de los zunzunes ¡So pena pretenciosa de absolver nuestros pecados! Si tan solo se pudiera resistir el impacto de someter lo deleznable. Cimientos de monumentos que sostienen ambas partes: la blasfémela inmortalidad y las contenciones efímeras.

Nota: ¿Es intencional el parecido de la palabra Hambre y Hombre?

IV

Tras las puertas de un santuario de ideales vi esconderse el consuelo de los renegados, en tierras baldías e infértiles. Nos santiguaron con la pena y nos arrebataron los guijarros. Se fueron desvaneciendo, quedaron triturados por cascanueces, que aburridos del oficio se echaron una española. Columpiándose volvió el simulacro, en parábola y en chasquidos. Cayó al suelo de bruces, sin contención, abrupto. En los longevos pozos hallé el reflejo de la vida, hundido, sin luz, con sangre. Lancé la piedra filosofal y nunca me devolvió el sonido. ¿Serán las perversidades de la profundidad o los improperios del desafío? Ante el silencio,

¡ ¡ ¡ E L R U I D O ! ! !

Justo. He preferido la imperfección, en lo impúdico encontré sustancia y en mi aureola la desidia.

V

Una llamarada de sortilegios, para quemar las almas de una vez. Porque hay arrojo en la palabra que se arroja en la rabia. Eso que se esconde en lo cotidiano y se entumece en la constancia. Existe algo tan barato que no puedo controlar su contoneo sacrílego. Tan tajante como las llagas de la vida en función de lo impropio y lo exótico. Como en el sudor de los párpados al consumir arte y las repulsiones de angustia al concebir quimeras. Se fascinan con lo desconcertante y rebelde, con lo sensorial. En los marcos está el sentido de la melodía, no en el óleo y sus colores, ni en sus espacios. En las siluetas y no en la forma, en el sonido y no en el paso. En todos mis mundos han torturado las felaciones de lo hermoso y lo bello por consideración apreciativa. Ya nada salva el horror y su superioridades decadentes.

Hurto lo impenetrable y reconsidero lo insalvable. En la renegada razón y los pecados minúsculos del que lo intenta. Como el columpiar del pequeño en el parque y su suciedad del gozo, en las cicatrices del guerrero y sus armas afiladas (por oprobio y no por defensa). Ya estabilizamos nuestros presentes y equilibramos nuestros pasados, ya nada existe dentro de nada, solo es. Como la identidad y lo que no se asume, sin experiencias ni repercusiones, Sin sombras que nos arropen nuestras luces, sin llantos de los que beban nuestro frenesí, sin golpes que degusten nuestras caricias, sin perdón que redima nuestra anarquía existencial.

VI

Cuando se entumezcan los deseos de la vigilia y de la espera. No cobres la resaca de mañana, aún me debes el romance de hoy. – Yo te salvaré. Ten presente el hastío, ¿quién vendrá a curar los lazos? Sácame lunes, abriles y relojes; me obstaculizan el contacto. No labres hondo en la distancia. Pastoril quimera no la arropes con tu gabardina. Absorbe mi hálito de una vez y hazme tuyo. Redecora mis espacios y selecciona mis sonrisas.

Cuando se mutilen los colores del abrazo. Y atesoren los cansancios sin armonías: Aún te salvaré. (Rítmica terquedad que me emana de las pieles). Bordaré hasta ti una gran telaraña como la que guarda mi librero, cerca de La Odisea y Stendhal. Arribaré rumbo hacia ti con el viento de mi lado y la marejada a mi favor. Impulsado por un cardumen esmeralda y corrientes bienhechoras. Pero, aunque tus alas pierdas y la vida se deshaga, siempre habrá brisa para empinar nuestras almas.

VII

De nuevo frente al cansancio que se fermenta en los minuteros. En los días de reposo o en el frenético sigilo. Con dos bostezos de ácido a mi diestra, destilando un lúgubre reconcilio con la retina, que me ciñe y me hace girar por entre mis muebles. De espaldas a mi televisor en la idiotez de las fascinaciones imperecederas. Me retuerzo en los andamios de las losas, como arena y cimiento de todos los espacios. Entorpecido como un ciego sin báculo. Agazapado, bajo este techo hambriento y paleolítico. En la ostentosidad de los preludios denigrados de obstinación, vuelco mi pereza en las olas espumosas. Al margen de las horas, como balcones al precipicio, entierro mi debilidad de bajo de un etéreo pensamiento:
-Pronto mi fotografía quedará como testimonio de la plenitud absoluta y el sepia desenfocado del tiempo.

Adjunto por demás a las sombras, al concilio, a la bucólica soledad y sus secuaces. Entre todas estas plataformas y ladrillos que me refugian de la exotérica insolación diaria. En estos soliloquios eclipsados por la sublime ilustración, una oruga se refugia en su crisálida y una orquídea florece en mi lumbrera. Sobre mis huesos yace la fatídica condición de sucumbir al colchón, restregarme en infinito torrente de sábanas y fermentar otro sueño pixelado.

Se balancea el marinero y susurra un canto de alivio:

La tempestad embate,
Las sirenas embisten,
La sal cicatriza
El aguardiente embravece

Doy vueltas, giro, me siento, bebo, maúllo, canto, me hablo, estornudo. Los objetos no se dan cuenta de mi presencia, les soy indiferente. La sombra de mi entrepierna da fe de una fuente de luz. ¿Qué es entonces lo anterior a la vida y lo posterior a la muerte? Crujientes olas de pesadillas golpean las sábanas. Cierro los ojos. Se precipita la glorificación suprema, la belleza infalible, una robusta raíz que abraza la tierra. Desclavo mis huesos y sospecho de mí mismo cuando decidí vivir... Alguien destruyó las pruebas.
A mi lado un haz de sol brillante, las moléculas levitando, tan insanas como yo y tan del viento. En este instante yo soy ese polvo y mi habitación el rayo de luz, y la vida: no es más que la perpetua penumbra. No, más bien es el rayo de luz que propicia mi paso sobre ella y el viento es la postrimería que me expulsa no más al acariciar su traje dorado. ¡Sus pañuelos dorados!